

CONVIVIUM

Alocución final del Sr. Arzobispo, el Card. José Cobo.

10 febrero 2026

Ante todo, quiero deciros con sencillez: **Gracias**. Gracias por vuestra fidelidad cotidiana, muchas veces vivida sin aplausos; gracias por permanecer junto a vuestro pueblo incluso cuando el cansancio aprieta o los frutos no se ven; gracias por sostener la fe de tantas personas en una ciudad exigente, compleja y en continuo cambio como Madrid. La Iglesia se edifica con esa perseverancia humilde: con la eucaristía celebrada con amor, con la Palabra anunciada con verdad, con el perdón ofrecido en nombre de Dios, con la visita al enfermo, con el tiempo dado sin medida a quien está herido o solo. Esa fidelidad, a veces escondida, **genera futuro**.

Gracias a la vida consagrada que crea puentes y pone sus fuerzas al servicio de la misión y que en estas jornadas se ha sembrado más hondamente en este campo que es la archidiócesis de Madrid

Gracias a los laicos, al pueblo de Dios que arropa, participa y sostiene a sus sacerdotes. Habéis colaborado en la preparación con vuestras aportaciones, con la oración y haciendo también Convivium desde la responsabilidad que da el bautismo.

1.- Se trata de Caminar juntos.

Caminamos juntos. Llevamos mucho tiempo en ello. Un camino que ha tenido momentos de aprendizaje, de escucha y de búsqueda compartida y que ha tenido un espacio determinante en el proceso de esta asamblea. “Caminar juntos” nos sitúa en la dinámica más original y auténtica de la vida cristiana. Toda llamada del Señor implica siempre un ponerse en marcha, salir de lo seguro, de lo de siempre y conocido, “ir a la otra orilla”, dejar atrás cansancios y rutinas, para adentrarse en la “novedad” que en cada momento nos presenta el Señor. Eso nos pide estar abiertos a las sorpresas de sus llamadas y seguros de su promesa al mismo tiempo.

Dios se fía de nosotros. Nos salva, pero no aisladamente, sino constituyendo un pueblo (cf. LG 9). Un pueblo que siente la llamada a ser signo e instrumento de unidad para todos los pueblos, viviendo en contextos y culturas diferentes. Un pueblo que no es la suma de los bautizados sino el sujeto comunitario e histórico de la sinodalidad y la misión, peregrinos en el tiempo y en comunión con la Iglesia del cielo a donde nos encaminamos como promesa definitiva (cf. DF 16,17).

Desde nuestra ordenación, pertenecemos al grupo de quienes aprenden en cada momento de la vida a caminar con este pueblo que se nos ha confiado y al que servimos en la misión eclesial que hemos recibido. Y lo hacemos en medio de la historia que nos ha tocado vivir, en esta diócesis concreta de Madrid y en este tiempo nuevo que nos abre a tantos retos con sus dificultades y esperanzas. Peregrinos, pero a la vez, arraigados en un territorio concreto; en un espacio y en un tiempo donde se construye un pueblo que camina al encuentro con Dios que salva (cf. DF 110). Por eso necesitamos espacios de encuentro, de formación permanente que sean hogares para nuestro ministerio.

2.- Convocar una asamblea presbiteral: Convivium.

Por eso hemos dado un paso nuevo en este “caminar juntos” en la vida de nuestro presbiterio haciendo posible esta “asamblea”: Convivium. Para encontrarnos quienes compartimos vida y misión en esta Iglesia y así reforzar lo que somos: un presbiterio grande y plural que juntos afrontamos las crisis y las esperanzas de esta sociedad y de esta Iglesia. Que desea renovar la llamada del Espíritu a fortalecer la amistad sacerdotal y tejer relaciones fraternas y hacer realidad el vínculo sacramental que une a todos los presbíteros entre sí, con el pueblo de Dios y con el obispo.

La pertenencia a un presbiterio diocesano es una dimensión constitutiva del ministro ordenado. El **presbiterio diocesano es un lugar teológico**, no una simple estructura organizativa. La fraternidad sacerdotal no es una opción ni un añadido: es un don recibido en la ordenación y una tarea que requiere decisiones concretas, gestos y momentos. En una diócesis grande y exigente como Madrid, vivir esta dimensión nos pide, como vemos, nuevas formas creativas.

El Concilio afirma que los “presbíteros forman, junto con su obispo, un solo presbiterio” (LG 28) al servicio de esa porción del Pueblo de Dios que es la Iglesia local (cf. CD 11).

Ya lo recuerda Pastores dabo vobis: “Dentro de la comunión eclesial, el sacerdote está llamado de modo particular ... a crecer en y con el propio presbiterio unido al Obispo. El presbiterio en su verdad plena es un mysterium: es una realidad sobrenatural, porque tiene su raíz en el sacramento del orden. Es su fuente, su origen, es el lugar de su nacimiento y de su crecimiento” (n. 74).

En ese eje sacramental se ha basado nuestro encuentro. Somos los “convocados” por la llamada del Señor. Convocados y enviados juntos para escuchar y discernir cual es la voluntad de Dios en orden a la misión que estamos comprometidos en esta Iglesia y en este tiempo.

Convocar esta “asamblea” ha sido una siembra para todos nosotros y para el pueblo de Dios, como lo hemos comprobado en el proceso de estos meses y de estos días.

Una “asamblea” que no concluye con esta intervención, ni con un documento. Tiene vocación de continuidad en el tiempo cuando recojamos las propuestas en los órganos diocesanos de corresponsabilidad (consejo episcopal, mixto, consejo presbiteral o pastoral). Y que dará paso a la preparación de la asamblea diocesana que el año próximo celebraremos desde esta experiencia. Nos sentimos comprometidos como presbiterio a seguir construyendo la Iglesia de Madrid, edificando el cuerpo de Cristo, conscientes, como subraya el Concilio, de que “la anhelada renovación de toda la Iglesia depende en gran parte del ministerio de los sacerdotes, animado por el espíritu de Cristo” (*Optatam totius*, proemio).

3.- Centralidad del encuentro con Cristo.

Lo que necesitamos en primer lugar para realizar este camino y para vivir nuestro ministerio es **no perder la memoria viva de la llamada**.

Ninguno de nosotros se hizo sacerdote por un simple proyecto personal. Fuimos alcanzados por una mirada, por una palabra del Señor, por una invitación que cambió el horizonte de la vida. Por eso este encuentro es una ocasión para recordar que debemos volver cada día al origen: a esa fuente donde el Señor nos preguntó entonces -y nos sigue preguntando hoy- si le amamos. El ministerio se desgasta cuando se vive solo como una tarea; y en cambio se renueva cuando se vive como relación con Cristo y con sus discípulos.

La llamada es el núcleo de nuestra identidad de llamados y con-vocados. Una llamada que nos hace “discípulos” junto con los hermanos presbíteros y los demás miembros del Pueblo de Dios.

Durante toda la vida se recorre el camino del discipulado en el constante deseo de “configurarse” con Jesús. Una existencia sacerdotal, configurada ontológicamente con Cristo, que asume un carácter esencialmente relacional: está al servicio de los hombres, precisamente porque pertenece a Cristo. (cf. Benedicto XVI, catequesis 24 junio 2009) Así nos recuerda Pastores dabo vobis que la vida del sacerdote queda caracterizada, plasmada y definida por aquellas actitudes y comportamientos que son propios de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia (cf. PDV 21).

Jesús nos ha llamado *amigos* (cf. Jn 15,15) para vivir en esa amistad una profunda relación personal con Él que se alimenta con la Palabra, la oración y la celebración de los sacramentos.

Una amistad que es el fundamento espiritual de nuestro ministerio presbiteral, la energía del servicio eclesial al que dedicamos nuestra vida; amistad que nos sostiene en los momentos de prueba y nos permite renovar cada día el “sí” del inicio de la llamada (cf. León XIV, Encuentro internacional sacerdotes felices, 26 junio 2025).

Así la relación del sacerdote con Jesucristo y en Él con su Iglesia, se sitúa en su ser y su obrar, en su vida y en su misión, en un proceso que le lleva a identificarse con Cristo, Pastor y Siervo. El eco de esa llamada es, con el paso del tiempo, el principio de la unidad interior con Cristo, que resulta fundamental e ineludible en la vida y en el ministerio sacerdotal (cf. León XIV, “Una fidelidad que genera futuro”, Carta apostólica, 22 diciembre 2026).

“Conforma tu vida con el misterio de la Cruz del Señor”. Ésta es la invitación que nos hizo la Iglesia el día de nuestra ordenación presbiteral, cuando el obispo nos entregaba las ofrendas del Pueblo de Dios para el sacrificio eucarístico. El “misterio” pascual que requiere ser parte esencial de nuestra vida y de nuestro ministerio. El Pueblo de Dios nos ofrece las ofrendas de pan y vino con la que se incorpora y participa en la celebración eucarística. Una ofrenda que por las palabras consagatorias se convierten en pan partido y sangre derramada para la vida del mundo. El pueblo de Dios que comparte esta vida sostiene con su ofrenda la fe de sus presbíteros que se fortalece para perseverar en la entrega fiel a su servicio.

4.- La escucha; actitud para caminar juntos.

El proceso que hemos experimentado en estos meses nos ha descubierto la “escucha” como uno de los mayores frutos del camino recorrido. El “caminar juntos” exige reconocer que nadie es autosuficiente en el ejercicio de la misión y que todos tienen algo que ofrecer y algo que aprender de los demás. Por eso tendremos que poner atención en refrescar y profundizar en nuestra capacidad de “escucha”.

La fe nace de la escucha de la Buena Noticia (cf. Rom 10,17) y vive de la escucha. Escucha del Espíritu, escucha de la Palabra de Dios, escucha de la Iglesia, escucha los unos de los otros. Solo es posible proclamar lo que se ha escuchado. Y en el horizonte de que Dios continúa manifestándose a través del clamor de los pobres y de los acontecimientos de la historia humana (cf. Sínodo, DF 83).

El caminar juntos es un camino que requiere una escucha abierta y vulnerable, como discípulos. Esa es la actitud que desplegamos en esta asamblea, pero también en cada encuentro de sacerdotes, como en nuestras comunidades. La disponibilidad previa al encuentro supone estar dispuesto a cambiar mi parecer, mi opinión al escuchar otros pareceres de otros hermanos. Implica la disposición a recibir, paciencia para admitir el ritmo de los otros, capacidad de acoger lo inesperado y lo sorprendente, y hasta fina elegancia para valorar un contenido torpemente formulado.

Supone que damos cabida en nosotros a los “otros” con los que caminamos, antes que acoger sus palabras. Una actitud de respeto a los demás, a sus ideas, a sus propuestas

pastorales, reconociéndoles capacidad de conocer la verdad, de ser mediaciones para transmitirnos, en el discernimiento común, la palabra del Espíritu sobre las cuestiones que nos proponemos discernir.

5.- Nos necesitamos unos a otros para buscar las metas: Camino de humildad.

Caminar juntos como presbiterio exige hacernos humildes y no sentirnos únicos poseedores de la razón, sino abiertos a contribuir con lo nuestro y acoger lo que se nos ofrece si queremos entender estos tiempos con la luz del Espíritu. Todos los “caminantes” tenemos algo que aportar y nos llenará la alegría que produce ver crecer, con la “verdad” de todos, mis capacidades para discernir y acertar en las decisiones y en el elegir lo que Dios quiere.

Así nuestra búsqueda y nuestros discernimientos de lo que el Señor nos habla, serán más seguros, con una participación más amplia y por tanto con mayor riqueza de aportaciones. Serán más abundantes los arroyos que se integran en el cauce común. Experimentaremos el gozo y la alegría de la fraternidad.

San Pablo nos advierte a este propósito: “No obréis por rivalidad ni por ostentación, considerando por humildad a los demás superiores a vosotros, no os encerréis en vuestros intereses sino buscar los intereses de los demás. Tened entre vosotros mismos los sentimientos de Cristo Jesús” (Filp 2,3-5).

Humildad para aprender: el Espíritu nos guía e ilumina el camino. El Espíritu nos guía y conduce en este caminar juntos, por lo que es necesario dejarnos enseñar por Él; es un buen guía, pero no siempre estamos en su escuela, con el oído espabilado para no dejar pasar sus palabras (cf. Is 50,4). Hay que dejarse educar por él, un camino que siempre tendrá una exigencia de *conversión*: conversión personal, comunitaria y pastoral.

El Papa Francisco decía en la apertura de la asamblea del sínodo sobre la sinodalidad: “El Espíritu Santo es un guía seguro y nuestra primera tarea es aprender a discernir su voz, porque Él habla en todos y en todas las cosas”. El Espíritu, el don del Padre, “será quien os lo enseñe todo, y os vaya recordando todo lo que os he dicho”, dijo Jesús a sus discípulos (cf. Jn 14,26).

Necesitamos humildad para dejarnos enseñar, para aprender, aunque seamos “maestros” y “ancianos” o “presbíteros” con mucha experiencia; aprender de la Palabra de Dios y de la escucha de la gente sencilla, los pobres, los jóvenes de nuestras comunidades y parroquias, de nuestros hermanos sacerdotes, de las situaciones y circunstancias de nuestro mundo.

6.- Seguir caminando con la diversidad del laicado.

Animar, despertar y valorar la identidad bautismal de los laicos quiere ser una línea transversal estos años en nuestra archidiócesis. Esa tarea se nos ha encomendado con especial relevancia. En las asambleas de preparación se ha comentado de muchas maneras. Caminar juntos entonces requiere no dejar de desarrollar nuevas formas y estructuras de participación y de formación. Como decíais en las asambleas no se trata de “delegar” o “traspasar un poder o una responsabilidad del sacerdote a los laicos”. Es momento de compartir responsabilidad, de fiarnos unos de otros como presbíteros y de dejarnos también impulsar y enseñar por todo el Pueblo de Dios.

En este camino en el que aspiramos a armonizar las diversas responsabilidades desde la experiencia de que es el Espíritu quien va delante, debemos ser conscientes de que solo Él es quien nos puede guiar. A nosotros, juntos, nos corresponde la escucha y discernir en clave comunitaria y relacional.

7.- Diversidad de ritmos.

Cuando caminamos juntos, tanto los sacerdotes como el pueblo de Dios, experimentamos que unos caminan más rápido y otros tienen un ritmo más lento. Como Juan y Pedro cuando se dirigían al sepulcro del Señor. Juan llega primero, pero espera a Pedro (cf. Jn 20,4-8). En nuestra diócesis también hay diversos ritmos y debemos acogerlos y aceptarlos. Cuando somos muchos como el pueblo de Israel por el desierto, existen ambas actitudes, la de Juan que espera y la de Pedro que acelera el paso. Lo importante es que todos caminamos y aunque caminar a distintos ritmos “estire” el pueblo, debemos intentar que no se rompa.

En nuestro presbiterio tan numeroso existen las diferencias. Diferencias de personalidad, de carismas personales, diversidad de formación, espiritualidades, edades. Pero el **desafío de la comunión** es integrar, desde la unidad en Cristo, las diferencias para que su variedad enriquezca y no rompa la fraternidad. Hay que aprender a acoger y respetar la diversidad, porque “la unidad de la Iglesia -decía San Juan Pablo II- no es uniformidad sino integración orgánica de las legítimas diversidades” (NMI 46).

Mientras caminamos nos encontramos y las diferencias pierden sus aristas y pasan a un segundo plano, nacen y crecen las relaciones, compartimos experiencias de ánimo y ayuda, tomamos conciencia de que vamos juntos, que tenemos una misma meta, un mismo objetivo que nos atrae en el caminar: el anuncio de Jesucristo.

San Juan Pablo II pone como principio de la espiritualidad de la comunión, “la mirada del corazón hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros y cuya luz ha de ser reconocida en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado” (NMI 43). Vivir esta espiritualidad de la comunión favorece la capacidad de sentir al hermano como uno que me pertenece; ver ante todo lo que hay de positivo en el

otro para acogerlo como regalo y don de Dios para mí, saber dar espacio al hermano rechazando la tentación que engendra competitividad, desconfianza, celos.

El sentido primero y fundamental de la comunión eclesial, por su misma naturaleza es ser imagen de la comunión trinitaria; está en el encuentro entre las personas que se complementan y relacionan en la misión eclesial. De aquí que en la comunión hay que dar prioridad a la comunicación y al encuentro sobre la funcionalidad.

Francisco, en Evangelii Gaudium, nos animaba a sentir el desafío de descubrir y transmitir la cultura del encuentro; pues nadie construye el futuro aislándose, sino reconociéndose en la verdad de una comunión que siempre se abre al encuentro y nos preserva de la enfermedad de la autoreferencialidad (cf. EG 87).

El Papa León ha afirmado recientemente que “La escuela de la sinodalidad puede ayudar a todos a madurar interiormente la acogida de los diferentes carismas en una síntesis que consolide la comunión del presbiterio, fiel al evangelio y a las enseñanzas de la Iglesia. En un tiempo de gran fragilidad, todos los ministros ordenados están llamados a vivir la comunión volviendo a lo esencial y acercándose a las personas, para custodiar la esperanza que se hace realidad en el servicio humilde y concreto” (León XIV, Una fidelidad que genera futuro. Carta apostólica, 22 diciembre 2025, 18).

8. Cuidarnos unos a otros.

Las respuestas de los grupos de la preasamblea han puesto de manifiesto una realidad ampliamente compartida entre nuestros sacerdotes: **cansancio, sobrecarga, activismo, soledad y agotamiento**, agravados a menudo por el peso de las tareas administrativas. Junto a este diagnóstico aparece con claridad la necesidad de un **cuidado integral**: apoyo humano y emocional, acompañamiento espiritual y espacios reales de fraternidad.

- El “cuidado” al que nos comprometemos, pasa, en primer lugar, por discernir delante del Señor, en oración, para **elegir y priorizar tareas**, con objeto de recuperar en nuestro trabajo dimensiones humanas. Como igualmente en delegar funciones de administración en laicos preparados de nuestras parroquias como proponen bastantes respuestas.

Como recordaba el papa Francisco, el problema no es solo el exceso de actividades, sino **actividades mal vividas, sin motivaciones profundas ni una espiritualidad que las sostenga** (Evangelii Gaudium, 82). Tenemos que reconocer que un cierto cansancio forma parte de la alegría y felicidad de la vida del presbítero. Hay fatigas del Señor, pero hay otros cansancios y fatigas que no son de Dios y por tanto, no son cansancios felices.

A ello se suma la presión de los estímulos digitales y de las redes sociales, que alimentan la ilusión de estar en todas partes y terminan saturando. Parece que queremos vivir más relaciones, más actividades y más experiencias de las que caben en una vida. Ya no estamos

referidos a un lugar, podemos vivir con la fantasía de la ubicuidad, estar en todas partes y estar localizados en cualquier momento.

El camino para salir de estos derroteros no es otro que una caridad pastoral viva que unifique la vida del presbítero y le permita discernir, con serenidad, qué es verdaderamente propio del ministerio y qué puede y debe ser compartido con otros carismas del Pueblo de Dios. Se impone una práctica del **discernimiento**, capaz de elegir lo verdaderamente necesario y conveniente para la misión (cf. 1 Cor 6,12).

El Papa León ha afrontado también esta realidad escribiendo a todos los sacerdotes con motivo del sesenta aniversario de los decretos conciliares Optatum Totius y Presbyterorum Ordinis: “La exposición mediática, el uso de las redes sociales y de todos los instrumentos disponibles hoy en día debe evaluarse siempre con sabiduría, tomando como paradigma del discernimiento el del servicio a la evangelización. “Todo me está permitido, pero no todo es conveniente” (1 Cor 6,12)” (León XIV, Una fidelidad que genera futuro, Carta apostólica, 22 diciembre 2025, n. 25).

Por eso, cuidarnos implica discernir y priorizar en oración; pero al tiempo aprender a **delegar responsabilidades en laicos preparados**, y avanzar en una auténtica conversión pastoral donde no todos tengamos que hacerlo todo. Todo camino en esta dirección será una siembra de futuro.

- Por otra parte, no es lejana a esta situación de cansancio y estrés la actitud tan valorada en nuestra cultura contemporánea de **la eficacia**, que puede convertirse en tentación para nosotros, según la cual el valor de cada uno se mide por el rendimiento, es decir, por la cantidad de actividades y proyectos realizados. Según esta forma de pensar, lo que hacemos está por encima de lo que somos, invirtiendo la jerarquía de la identidad espiritual (cf. León XIV, Una fidelidad que genera futuro, n. 24).

-Implica también combatir **el individualismo y la soledad**, que apagan el impulso misionero y abren la puerta al desánimo resignado (cf. León XIV).

Es verdad que en nuestra diócesis existen comunidades que cuidan con esmero a sus presbíteros; otras, sin embargo, necesitan ser fortalecidas. Las preasambleas han subrayado la conveniencia de reforzar iniciativas adaptadas a las distintas edades y etapas de la vida sacerdotal.

-Tendremos que crear nuevos espacios de **acompañamiento** por edades, afianzar los equipos que se han creado desde la vicaría del claro, reforzar el acompañamiento a los arciprestazgos. Igualmente, el papel del arcipreste como acompañante de sus hermanos, parece una prioridad.

El Papa ha sido muy claro al respecto: el cuidado recíproco entre los sacerdotes, especialmente hacia los más solos, enfermos o ancianos, no es secundario, sino condición para construir comunidades vivas y creíbles. No podemos cuidar al Pueblo de Dios si no reina antes entre nosotros una fraternidad efectiva y sincera.

- Con todo ello, entre nosotros y con nuestras comunidades, en este tiempo estamos llamados a buscar lo esencial: **no definir nuestra vida por lo que hacemos, sino por Aquél que nos llamó**. Volver a Cristo, dejarnos ayudar por nuestras comunidades, cultivar espacios de silencio y oración, recibir de Él la unidad interior que el activismo pone en peligro, y desde ahí salir renovados a anunciar el Evangelio. Son necesarios generosos espacios interiores de silencio y soledad donde cultivar el encuentro con el Señor y la escucha de su Palabra, del Espíritu y de los clamores de la humanidad. Y desde esta unidad salir a este mundo para anunciarle la Buena Noticia de Jesús.

Podemos escuchar también aquí la enseñanza de la Presbyterorum Ordinis: “Esta unidad de vida no puede conseguirse meramente ni por la organización de la actividad ministerial, ni por la sola práctica de los ejercicios de piedad, aunque a ello contribuyan notablemente. Sí la puede construir, en cambio, los presbíteros, siguiendo en el cumplimiento de su ministerio el ejemplo de Cristo Señor cuyo alimento era cumplir la voluntad de Aquel que le envió a acabar su obra. Cristo continúa siendo siempre principio y fuente de unidad de vida” (PO 14).

9.- Fraternidad sacerdotal.

Pero esta caridad pastoral tiene un espacio privilegiado donde también ha de realizarse: la fraternidad sacerdotal. No una ideal, sino real y encarnada. Fraternidad expresada en los equipos sacerdotales, en los arciprestazgos y en las vicarías, así como en tantos espacios sacerdotales. Sin estos lugares concretos y cuidados la fraternidad será solo un deseo.

El Concilio destaca el vínculo fraternal particular entre los ministros ordenados, fundado en el mismo sacramento del orden; así dice *Presbyterorum Ordinis*: “Los presbíteros, constituidos por la ordenación en el orden de los presbíteros, están unidos todos entre sí por íntima fraternidad sacramental y forman un presbiterio especial en la diócesis a cuyo servicio se consagran bajo el propio obispo. Cada uno está unido con los demás miembros de este presbiterio por vínculos especiales de caridad apostólica, de ministerio y de fraternidad” (PO 8).

La fraternidad sacerdotal es, pues, una tarea y un don; una tarea que hay que atender en la vida de cada día para construirla y conservarla y un don unido a la gracia de la ordenación. Un don pues que nos precede y se realiza en la comunión con los hermanos sacerdotes del presbiterio (cf. León XIV, Una fidelidad que genera futuro, Carta apostólica, 22 diciembre 2025, n. 2, n. 14).

Estamos llamados, por tanto, a corresponder en la comunión del presbiterio a la gracia de la fraternidad, manifestando y ratificando con el cuidado recíproco lo que se estipula en el sacramento del orden.

El Papa ha subrayado con gran fuerza la exigencia de este cuidado mutuo de la fraternidad sacerdotal: “El cuidado recíproco, dice, en particular la atención a los hermanos más solos y aislados, así como a los enfermos y ancianos, no puede considerarse menos importante que el cuidado del pueblo que se nos ha confiado”. Y concluye: “¿Cómo podríamos nosotros, ministros, ser constructores de comunidades vivas, si no reinara ante todo entre nosotros una fraternidad efectiva y sincera?” (León XIV, Ibidem, n 16).

El mismo Concilio recomienda que “los presbíteros encuentren mutua ayuda en el cultivo de la vida espiritual e intelectual, puedan cooperar mejor en el ministerio y se libren de los peligros que pueden sobrevenir por la soledad”.

Y al final de este número de la Presbyterorum Ordinis, después de recomendar algún tipo de vida en común, concluye: “finalmente, en razón de la misma comunión en el sacerdocio, siéntanse los presbíteros especialmente obligados hacia quienes sufren dificultades, a los que han de prestar auxilio oportuno, incluso, si fuera necesario, amonestándolos discretamente” (PO 8).

Y en el Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros leemos: “la capacidad de cultivar y vivir maduras y profundas amistades sacerdotales se revela fuente de serenidad y de alegría en el ejercicio del ministerio; las amistades verdaderas son ayuda preciosa con aquellos hermanos en el sacerdocio que se encuentran necesitados de comprensión, ayuda y apoyo” (n 28).

10.- Fraternidad sacerdotal abierta.

Somos configuradores de la comunidad y animadores de las diversas vocaciones en una misión única y compartida. Como presbíteros estamos llamados a animar, conformar, y hasta iniciar la vida de cada comunidad que se nos ha encomendado. Somos pastores, animadores, generadores y caminantes en la comunidad cristiana donde, más allá del trabajo y de los desvelos, la eucaristía nos configura. Es el fruto sacramental de la vida eucarística, pues desemboca en el grupo de los convocados en cada lugar de la misión. Es por ello que nuestra vida apostólica toma sentido en la ayuda y acompañamiento para configurar y animar la vida comunitaria de nuestras parroquias y tareas misioneras. La vida comunitaria es tarea central de nuestro encargo.

Referido de nuevo a la atención al cuidado de los presbíteros, este aspecto comunitario tiene un lugar de especial significación. El presbítero no está solo “al frente de” esa comunidad, sino ante todo “en” esa comunidad. Es hermano entre hermanos puesto que son miembros de un mismo Cuerpo de Cristo cuya edificación se exige a todos (cf. PO 9 y PDV 74). Por ello necesitamos renovar ahora la misión de crear y revitalizar la vida comunitaria en nuestras diócesis y, desde aquí, discernir nuestros trabajos y prioridades.

Conclusión: Mirando al futuro.

Convivium no termina. Tenemos que hacer de éste un paso adelante. Para ello os animo a seguir las pautas que estos días nos hemos dado y que hemos subrayado. Igualmente os animo a seguir potenciando y animando a nuestros laicos a que vivan la identidad bautismal en clave vocacional, llamados por el Señor. El desarrollo del catecumenado de adultos

diocesano y la escuela de formación que estamos iniciando pueden ser medios comunes para ello

Igualmente, como hemos vivido, necesitamos seguir tendiendo puentes fraternos con la rica vida consagrada en nuestra diócesis, pues somos compañeros de camino, llamados a entretrejer los diversos carismas para el servicio de toda la Iglesia y de cada comunidad.

En Madrid el obispo no puede llegar a cada rincón. Es una relación honda pero mediada. Es por eso que la relación con el obispo se realiza también sinodalmente. Esto es, por medio de los obispos auxiliares, de los vicarios y delegados. Todos intentamos servir apostólicamente al Pueblo de Dios mismo y responsabilidad episcopal. Agradezco su fidelidad y el esfuerzo conjunto de desplegar la vida episcopal por medio de cada uno de ellos y poder llegar así a todos vosotros. De la misma manera que agradezco vuestro acercamiento y vuestro “paso hacia adelante” para provocar la cercanía. El abrazo es la mejor parábola de esta relación, pues es el gesto donde uno acoge al otro y cada uno se acerca al otro.

Permitidme terminar mirando al futuro con esperanza. La Iglesia necesita un renovado impulso vocacional. Y la vocación nace donde hay comunidades vivas y presbíteros alegres, fraternos, humanamente maduros y espiritualmente sólidos. No hay futuro sin el cuidado de las vocaciones y no hay vocaciones si el ministerio aparece como una vida sin alegría o vivida en soledad. Que en Madrid los jóvenes puedan encontrar sacerdotes que, con sencillez, les muestren que vale la pena decir “sí” al Señor.

Gracias por ser sacerdotes. Gracias por vuestro “sí” al Señor en esta llamada que nos ha realizado.

Muchas gracias.